

Un regalo para la princesita



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Un regalo para la princesita

Fernando Olavarría Gabler

PRÓLOGO

La Reina, ya no era una princesita.

Había heredado el trono del vasto imperio que había sido gobernado por su abuelo, el Rey.

A pesar de ser tan poderosa, la mayor parte de sus riquezas las repartía entre los pobres de su reino. Eran los escogidos.

Su Alteza Real disfrutaba de una vida más bien austera, sin ostentación de excesivos lujos.

Su mayor placer era pasearse en las noches de verano por los magníficos jardines del gran palacio y contemplar la Luna, silenciosa y solitaria, cuando aparecía detrás de las montañas y hasta que desaparecía en el horizonte al amanecer.

¿Por qué esta hermosa reina se comportaba de esa manera?

Para comprenderla, tienes que leer lo que viene a continuación.

*H*abía una vez un rey y una princesita.

La Princesita era la nieta del Rey. Éste era un poderoso guerrero que había conquistado muchas naciones, combatiendo con sus ejércitos, siempre invencibles. Había dominado la India, la China, el Asia Menor y la Mayor, también la Persia y el Turquestán.

Los tributos y botines de las tierras conquistadas llegaban desde la lejanía para ser entregados al Rey en una fecha precisa.

El Monarca se sentaba en un enorme trono de oro macizo y marfil, sobre cojines tapizados con el más fino terciopelo rojo y bordados con perlas orientales.

Todo era grandioso y magnífico en su gran palacio, pero lo más apreciado por el Monarca, el tesoro que más amaba, era su nieta, la Princesita.

Ella se sentaba al lado de su abuelo en un mullido cojín de terciopelo azul, más oscuro que sus ojos celestes y bordado con hilos

de oro tan dorados como sus cabellos.

La pequeña princesa era bellísima. Realmente era una muñeca viva. Con sus hermosos e inocentes ojos, observaba el desfile de animales que portaban los súbditos desde todas las regiones del vasto Imperio. Elefantes, camellos, caballos, y asnos cargaban incontables riquezas de todo tipo.

En una ocasión, el cielo se tiñó de un hermoso color pardo azulado y luego, de un suave y armonioso color violeta. Atardecía. La luna llena, anaranjada, se asomó detrás de las murallas del gran palacio y ascendió silenciosa y pálida, alumbrando ahora en plena noche los umbrosos jardines del palacio. En esos instantes los surtidores de las numerosas fuentes resplandecieron con esta luz como si fueran millares de diamantes.

La Princesita, que pronto cumpliría tres años de edad, quedó fascinada con la imagen tan misteriosa y lejana de la Luna. Entonces

tirando la capa de armiño del Monarca le preguntó:

-¿Qué es eso, abuelo?

-Es la Luna, mi amor- respondió el viejo guerrero. Ha llegado aquí para alumbrar los tesoros y demás riquezas que servirán para festejar tu cumpleaños.

-Abuelo - dijo la niña - yo quiero también esa luna para jugar con ella. Deseo que me la regales para mi cumpleaños.

-No podrá ser - respondió el abuelo. - La Luna está en el cielo y nosotros aquí en la Tierra.

Pero la niña tanto insistió, que el Rey, impaciente respondió:

-Bueno, así será.

Y de este modo fue cómo el abuelo Rey prometió regalarle la Luna a su nieta la Princesita.

El Monarca había dado su palabra y jamás había dejado de

cumplir lo que prometía. Esa noche no durmió pensando en su honor que estaba en peligro.

Pasaban los días y la promesa lo atormentaba porque no encontraba una solución. Entonces mandó construir unas ligeras y veloces galeras con grandes velas hechas del más fino lino y las ubicó en altamar para que con un viento, algo fuerte, éstas navegaran y después se elevaran por los aires hasta alcanzar la Luna, mas todo fue inútil, las galeras se elevaron a mucha altura pero después cayeron al océano y se despedazaron, muriendo gran parte de sus tripulantes.

Sin darse por vencido, el Rey ordenó sacrificar a cientos de reses y con el cuero de ellas se fabricaron enormes globos a los cuales se les agregó una canasta a cada uno y fueron inflados con el aire caliente de unos braseros especialmente diseñados para ello.

Los globos se elevaron llevando a los navegantes dentro de las canastas. Tomaron gran altura hasta que se perdieron de vista, y nunca

más regresaron.

El Monarca, desesperado, al no tener noticias de su expedición, decidió ir él personalmente a buscar la Luna para su querida nieta.

Ordenó cazar en los bosques y montañas de su vasto Imperio a las aves más grandes de todas las especies conocidas. Cientos de ellas fueron traídas en enormes jaulas y luego de seleccionarlás y alimentarlas bien, ordenó amarrar una cuerda de resistente seda en una de sus patas y el otro extremo de la cuerda fue anudado a una gran armazón de mimbre donde el monarca se instaló con todas las comodidades del caso.

En un momento dado el Rey se llevó un silbato a los labios y su sonido significó que dejaran en libertad a las aves. Éstas alzaron el vuelo llevando consigo a la jaula de mimbre con el Rey adentro.

Volaron las aves muy arriba, sobrepasaron las montañas y las



nubes, y la Tierra se perdió de vista.

Tan alto volaron, que el aire se enrareció haciéndose irrespirable y el Monarca, pleno de felicidad por el éxito de su viaje, creyendo que pronto alcanzaría la Luna, no se dio cuenta de que su corazón había dejado de latir.

Los ángeles conmovidos por el gesto, tomaron el alma del muerto y se lo llevaron al cielo.

En cuanto a las aves, no me preguntes qué pasó con ellas. Sólo supe que algunas cortaron las amarras y volvieron a sus bosques y montañas.

Esa noche, la Princesita soñaba en su lecho de seda. Estaba muy cansada por los festejos de su cumpleaños.

Era muy entrada la noche y la gente del palacio dormía profundamente. Los aposentos de la niña estaban colmados de juguetes. De pronto los hermosos vitrales del dormitorio de la



Princesita, se iluminaron. La oscuridad se disipó y una suave luz invadió los aposentos.

El oscuro cielo azul dejó ver una hermosa Luna. Era llena de esplendor e iluminó silenciosamente el dormido rostro de la niña.

La Princesita abrió sus lindos ojos y observó la imagen que venía del cielo.

- Gracias abuelo - murmuró complacida. - Muchas gracias por regalarme la Luna en la noche de mi cumpleaños.

El astro siguió su silenciosa trayectoria y los ventanales dejaron de iluminarse para no despertar a la Princesita que dormía ahora feliz, con una sonrisa en sus labios.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina